



# *HABLA* JUAN DE MAIRENA A SUS ALUMNOS

## SOBRE LAS CREENCIAS

Sería conveniente—habla Juan de Mairena a sus alumnos—que el hombre más o menos occidental de nuestros días, ese hombre al margen de todas las iglesias—o incluído sin fe en alguna de ellas—que ha vuelto la espalda a determinados dogmas, intentase una profunda investigación de sus creencias últimas. Porque todos—sin excluir a los herejes, coleccionistas de excomuniones, etc.—, creemos en algo, y es este algo, a fin de cuentas, lo que pudiera explicar el sentido total de nuestra conducta. Sin una *pura investigación de las creencias*, que sólo puede encomendarse a los escépticos propiamente dichos, carecemos de una norma medianamente segura para juzgar los hechos más esenciales de la historia.

\*

Los idealistas, más o menos rezagados—el rezago no implica apartamiento de la verdad, sino de la moda—creen en el

espíritu como resorte decisivo, supremo imán o primer impulsor de la historia. Es una creencia como otra cualquiera, y más generalizada de lo que se piensa. La Biblia de estos hombres—no siempre leída, como es destino ineluctable de todas las Biblias—abarca las metafísicas postkantianas que culminan en Hegel y que hoy, no obstante su relativo descrédito, influyen poderosamente, hasta infiltrarse en la retórica de las multitudes. Frente a esta legión de románticos, milita la hueste de los que pudiéramos llamar, aunque no con mucha precisión, *realistas*, de los que creen que la vida social y la historia se mueven por impulsos ciegos (intereses económicos, apetitos materiales, etcétera), con independencia de toda espiritualidad. Es otra creencia enormemente generalizada, que ha llegado a determinar corrientes populares, o, como bárbaramente se dice, movimientos de masas humanas. La Biblia de estos hombres abarca, entre otras cosas, la filosofía de la izquierda hegeliana—la línea que desciende de Hegel a Marx y a su compadre Engels—, y a cuantos profesan, con más o menos restricciones, el llamado *materialismo histórico*. Los unos y los otros—idealistas y realistas—se mueven *con* sus creencias, siempre en compañía de sus creencias. ¿Se mueven *por* ellas, como pensaba mi maestro Abel Martín? He aquí lo que convendría averiguar.

•

*Nota Bene.* No faltan, ciertamente, quienes después de haber decretado la absoluta incapacidad de los factores reales para dar un sentido a la vida humana, y la no menos absoluta inania de las ideas para influir dinámicamente en los factores reales, piensen que, unidos los unos a las otras, se obtiene un resultado integral positivo, para la marcha de la historia. Como si dijéramos: el carro que un percherón no logra llevar

a ninguna parte camina como sobre rieles si, unido al perchero, se le unce la sombra de un hipógrifo. Son síntesis a la alemana que nosotros, los pobres iberos, no acertaremos nunca a realizar.

Alguien preguntó a Mairena: ¿por qué han de ser los escépticos los encargados de investigar nuestras creencias? Respondió Mairena: nuestras creencias últimas, a las cuales mi maestro y yo nos referimos, no son, no pueden ser aquellos ídolos de nuestro pensamiento que procuramos poner a salvo de la crítica, mucho menos las mentiras averiguadas que conservamos por motivos sentimentales o de utilidad política, social, etc., sino el resultado, mejor diré los residuos de los más profundos análisis de nuestra conciencia. Se obtienen por una actividad escéptica honda y honradamente inquisitiva que todo hombre puede realizar—quién más, quién menos—a lo largo de su vida. La buena fe, que no es la fe ingenua anterior a toda reflexión, ni mucho menos la de los pragmatistas, siempre hipócrita, es el resultado del escepticismo, de la franca y sincera rebusca de la verdad. Cuanto subsiste, si algo subsiste, tras el análisis exhaustivo o que pretende serlo, de la razón, nos descubre esa zona de lo fatal a que el hombre de algún modo presta su asentimiento. Es la zona de la creencia, luminosa u opaca—tan creencia es el sí como el no—donde habría que buscar, según mi maestro, el imán de nuestra conducta.

•

#### SOBRE EL PACIFISMO

Si yo creyera que había venido a este mundo a pelear; que todo en esta vida, esencialmente batallona, nos era concedido a título de botín de guerra, yo no sería pacifista. Porque

carezco de convicciones polémicas, y porque sospecho que lo específicamente humano es la aspiración a substraerse de algún modo al *bellum omnium contra omnes*, me inclino a militar entre los partidarios y defensores de la paz. Pero cuál sea mi posición personal ante esta grave cuestión, que acaso divida al mundo en días no lejanos, importa poco. Importa mucho, en cambio, que reparéis en esto: *superbundan* en nuestro mundo occidental las convicciones bélicas, de aquellos para quienes el templo de Jano nunca debería cerrarse. Para estos hombres, la cultura misma es, fundamentalmente, polémica: arte de agredir y de defenderse. Bajo el dogma goethiano—*en el principio era la acción*—en el clima activista de nuestra vieja Europa—la continental y la británica—y de Norteamérica, el concepto de lucha, como actividad vital ineclutable y, al par, como instrumento de selección y de progreso, medra hasta convertirse en ídolo de las multitudes. Interpretaciones más o menos correctas o fantásticas del *struggle-for-life* darwiniano, que llevan, no obstante, el auténtico impulso polémico de un gran pueblo de presa, han hecho demasiada suerte en el mundo. Y es muy difícil que tantos hombres cargados de razones polémicas, convencidos—¿hasta qué punto?—de que sólo hay buenos motivos para pelear, puedan contribuir de algún modo a evitar una futura conflagración universal. Organizaciones pacifistas, *ligas pro paz*, etc., en un ambiente de belicosos y beligerantes, son pompas de jabón que rompe el viento; porque los mismos hombres que militan en ellas están ganados por el enemigo, son conciencias vencidas que prestan su más hondo asentimiento a la fatalidad de la guerra. Y la verdad es que estas mismas instituciones apenas si tienen de pacifistas más que el nombre; son, cuando más, ligas entre matones que se unen para espiarse, y que apenas si actúan como no sea con

ánimo de acelerar la ruina o el exterminio de los débiles. Sin que germine, o se restaure, una forma de conciencia religiosa de sentido amoroso; sin una metafísica de la paz, como la intentada por mi maestro, que nos lleve a una total idea del mundo esencialmente armónica, y en la cual los supremos valores se revelen en la contemplación, y de ningún modo sean un producto de actividades cinéticas; sin una ciencia positiva que no acepte como verdad averiguada la virtud del asesinato para el mejoramiento de la especie humana, ¿creéis que hay motivo alguno que nos obligue a ser pacifistas? Adrede os hago esta pregunta en la forma menos ventajosa para mi tesis. Tan persuadido estoy de la superabundancia de mis razones.

OLA DE CINISMO

Una ola gigantesca de cinismo amenaza al mundo entero. Por cinismo entiendo, en este caso, inclinándome a uno de los sentidos etimológicos que se asigna a la palabra cínico (de *kyón*, *kynós*, perro) una cierta fe en que la animalidad humana, el llamado estado de naturaleza, contiene virtudes más auténticas que los valores culturales, una cierta rebelión de la elementalidad contra la cultura, que adopta formas muy diversas. La pugna es muy antigua y se recrudece en el declive de muchas civilizaciones. En pleno *Iluminismo*, el cínico Rousseau, aquel *enfant de la nature* inicia el romanticismo y, consiguientemente, una cultura romántica al rebelarse contra una cultura clásica—quiero decir lastrada en demasía de razón y de inteligencia—, abogando por los fueros de la sentimentalidad. El cinismo actual milita contra Rousseau, en cuanto se rebela contra la cultura romántica, que había desmesurado a la razón por influjo del sentimiento y creado lo que durante todo

el siglo XIX hemos estado llamando ideales; y está con Rousseau, el inmortal ginebrino, en cuanto sigue siendo *cinismo*, es decir, fe en la elementabilidad como fuente de los valores humanos más verídicos. El cinismo actual se llama, con mayor o menor precisión, *interpretación materialista de la historia*. La obra de un judío alemán, ingente rama desprendida del árbol de Hegel, lo representa en nuestros días. Carlos Marx, conserva su fe hegeliana en un proceso evolutivo de lo absoluto, y aun el esquema lógico del maestro, injertos en otra fe cínica que hubiera aprobado el viejo Antístenes: no son factores ideales, sino económicos, en última instancia, las necesidades de la animalia humana, los agentes determinantes de la historia. El marxismo invadirá el mundo. ¿Es una ola de cinismo? Sin duda. Pero entendamos: yo no os he dicho todavía en qué estriba, a mi juicio, la fuerza incontrastable del cinismo, por qué causa el cinismo atraviesa la historia y ha sido tantas veces fecundo y lo será tantas otras. El cinismo más auténtico, el que profesaron los griegos en el gimnasio de Cinosargos, es un culto fanático a la veracidad, que no retrocede ante las más amargas verdades del hombre. Os pondré un ejemplo: Si el hombre fuera esencialmente un cerdo—cosa que yo disto mucho de creer—sólo el cínico no se inclinaría—como los pragmatistas—a guardarle el secreto, la virtud cínica consistiría en reconocerlo, proclamarlo y en aceptar valientemente el destino porcuno del hombre a través de la historia. ¿Comprendéis ahora por qué en épocas de pragmatismo hipócrita, el cinismo es una reacción necesaria? ¿Comprendéis ahora cómo el marxismo, por muy equivocado que esté, en cuanto pretende señalar una verdad, en medio de un diluvio de mentiras, tiene un valor ético indiscutible?

ANTONIO MACHADO.